

satisfacerla en el arte mismo? ¿No se condena así, paradójicamente, a beber de su sed y nutrirse de su hambre? Las respuestas que estas cuestiones suscitan, acaban por dilucidar su actitud. Para el pintor moderno, *naturaleza* y *realismo* encierran un contenido idéntico en el momento actual, pues tanto en letras como en arte, el *realismo* no es otra cosa que el punto de perfección en que una técnica puede reproducir lo natural—el lenguaje, las formas, las acciones—con cierta exactitud, fingida sí, desde luego, pero en consonancia con los datos de una percepción normal.

La pintura moderna, por lo mismo, no puede fundarse en la naturaleza—base necesaria de toda construcción humana—, pues necesitaría caer en una retórica que desprecia. La repugnancia de lo natural que se advierte en esta pintura—cuando se la mira desde los cánones del arte clásico—, entraña solamente una repudiación de estos cánones, que el artista juzga, con razón, no tan falsos como estériles. En las condiciones de saturación a que ha llegado la técnica realista, este arte tiende espontáneamente a destruir la tiranía que lo estrangula en nombre de la realidad, y trata de oponerle un mundo poético—interior—,

que por ser irreductible a imágenes, parecía no poder transformarse en el objeto natural de la pintura. Le ha sido forzoso, para ello, crearse una técnica que le permite penetrar en el mundo de la poesía—en la sensación, en la angustia, en el sueño—, pero que está muy lejos aún de la maduración. Es una técnica imperfecta, no un *realismo* todavía, sino un *irrealismo*, como el de todas las escuelas *primitivas*.

Esta palabra nos da, por fin, la clave; ésta y una más: *revolución*. La pintura actual, considerada en sí misma, es un primitivismo; pero considerada desde el arte clásico es una revolución. Todo el arte moderno debe entenderse, según una expresión feliz de C. G. Jung (“Ulises” en la Revista de Occidente, Tomo XI, Núm. CXVI, Feb. de 1933) como una *destrucción creadora*, cuyo valor no se puede estimar, por lo tanto, sino teleológicamente, en función de su porvenir. Tal es el caso de toda revolución. En el futuro, paga su justificación con los frutos que la agotan, pero en el presente, como revolución, sólo exige las virtudes morales que hemos hallado dichosamente en este grupo de pintores mexicanos: audacia, sacrificio y desinterés.

# LAS RESURRECCIONES MILAGROSAS

Por GENARO FERNANDEZ MAC GREGOR

**E**L hombre ha interrogado siempre a la religión, a la filosofía y a la ciencia, así fueren éstas rudimentarias, sobre el problema de su destino después de la muerte. Y conectándolo con él ha enfrentado otro que es el de la posibilidad de la resurrección de la carne, tanto en su aspecto uni-

versal, como en el particular de las resurrecciones milagrosas.

El Antiguo y el Nuevo Testamento relatan algunas.

Cuenta el Capítulo XVII del Libro Primero de los Reyes, que cuando Elías Thisbita se halla-

ba en el arroyo de Cherit, para evadir la cólera del impío rey Achab, y era alimentado por los cuervos, Jehová le mandó ir a Sarepta de Sidón, para encontrar una santa viuda que lo acogería y daría de yantar.

La viuda tenía un hijo único, que enfermó y murió. Entonces, la madre se quejó con el profeta reconviniéndole de que en pago del bien que ella le había hecho, sólo le había traído esa inmensa desgracia. Elías le dijo: "Dame a tu hijo". Lo tomó en el regazo y lo llevó a su propia cama. Midióse con el niño tres veces y clamó a Jehová para que mostrara su poder. Y el alma del niño volvió a su cuerpo y revivió.

Eliseo hizo algo semejante, según lo relata el Libro Segundo de los Reyes en su Capítulo IV. Pasaba por Sunam y una mujer casada y sin hijos lo invitó a comer y, luego, convenció a su marido de que debían hospedar al profeta. En pago de ello Eliseo le concedió concebir y parir un niño, a pesar de la vejez del marido. Pero cuando el niño fué grande, un día enfermó y murió.

La sunamita también increpó a Eliseo, por haberle dado el hijo para perderlo tan pronto. Fue el hombre de Jehová a la casa, se encerró con el cadáver del pequeño y echóse sobre él, poniendo su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las suyas. Y la carne del niño se calentó. Paseóse Eliseo un rato, y volvió a tenderse con el cadáver; y el niño abrió los ojos y estornudó siete veces. Resucitó igual que el hijo de la viuda de Sarepta.

Jesús resucitó, según los Evangelios Sinópticos, a dos jóvenes, y además a Lázaro, según el de San Juan.

El Maestro iba a Naim y en sus puertas halló un cortejo fúnebre que sacaba un difunto, unigénito de una viuda, y como la vió el Señor, compadecióse y le dijo que no llorara. Se acercó, luego, al féretro y ordenó: "¡Mancebo, levántate!" y el que había muerto se incorporó y comenzó a hablar.

Otra vez, volviendo del país de los Gerasenos, se le acercó uno de los príncipes de la Sinagoga llamado Jairó, y le adoró diciendo: "Mi hija es muerta, mas si pones tu mano sobre ella, vivirá". Se dirigió el Rabí a la casa mortuoria, en donde plañideras y tañedores de flauta hacían ya su triste oficio, pero los apartó, diciendo que la muchacha estaba dormida solamente; por lo cual los dolientes se reían de El. Entró a la cámara fu-

neraria con sólo los padres y con Pedro, Jacobo y Juan, y tomando a la niña de la mano le dijo: "¡Talitha, Cumi!", "¡Muchacha, levántate!", y la niña de doce años se levantó en medio del azoro de los presentes y de los que luego la vieron.

Mas ninguna resurrección está relatada con mayores detalles y comentarios que la de Lázaro, hermano de Marta y de María, la Magdalena. Aunque San Juan no dice cuáles eran las condiciones personales de Lázaro, la tradición lo hace apenas adolescente; la Leyenda de Oro dice que ya era soldado.

Jesús había huído de Jerusalén, en donde las iras sacerdotales hervían contra él, y se guarecía más allá del Jordán. Allí recibió un mensaje de las dos hermanas, en cuya amistad se complacía: Lázaro estaba enfermo; y como los discípulos se agitaran el Maestro les dijo: "No temáis; no morirá. Dios glorificará a su hijo, con motivo de esta enfermedad". Pasaron tres días y ordenó la partida a Betania, donde los ánimos de los sacerdotes eran hostiles. Los apóstoles temían y buscaban evasivas. Jesús les dijo: "Lázaro ha muerto". Y partieron.

Al llegar, alguien vió al pequeño grupo y lo avisó a Marta que salió a encontrar a Jesús. "Si hubieras estado aquí, le dijo, mi hermano no habría muerto".

Jesús respondió: "Resucitará", y Marta: "Ya lo sé; resucitará el último día..." "Yo soy, dijo el Maestro, la resurrección y la vida; quien cree en mí no morirá para siempre".

Marta llamó a María, y ésta salió a encontrar al Rabí. Se repitió una escena parecida a la anterior. Las dos hermanas lloraban. Jesús turbóse y preguntó: "¿Dónde le pusisteis?" Las dos contestaron: "Señor, ven y ve".

Y lloró Jesús.

Llegaron, con gran gentío alrededor, a la cueva sepulcral. Jesús mandó quitar la piedra que la cubría. "¡Señor, tiene cuatro días; ya hiede!", exclamó Marta.

Jesús le dijo: "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?"

Ejecutaron su mandato y Jesús oró, puestos los ojos en lo alto. Dió gracias a su Padre porque le daba aquella ocasión para que creyeran en que El lo había enviado. Gritó: "¡Lázaro, ven fuera!" Y el muerto se incorporó, amortajado; y desatado que fue comenzó a andar...



En contraste con esta conducta de Jesús, de Elías y de Eliseo, véase cómo procedió Buda en caso semejante.

Había una mujer llamada Kisa Gotami, a la que apodaban "La Flaca", y que había compuesto un verso en honor de Buda, cuando éste entró en triunfo a Kapilavatu, antes de su renunciación. Era viuda, y su hijo único murió cuando ya era capaz de correr por todas partes. En su dolor tomó a su hijo sobre su cadera, y anduvo de puerta en puerta demandando remedio para su mal. Nadie se lo pudo dar, naturalmente; pero un hombre avisado pensó que sólo Buda podría socorrerla, y así, le aconsejó que lo buscara. Cuando la madre desolada se presentó al Bodishata, que estaba como solía, en un bosque, la contempló y le dijo: "Bien hiciste en acudir a mí para remediarte. Ve a la ciudad y tráeme una semilla de mostaza, recogida por gente en cuya familia no haya habido muertes".

Sin escuchar más, Gotami, con su caro cadáver abrazado, se precipitó a las casas de la ciudad, y las recorrió una por una pidiendo la semilla que le parecía tan común, y que, sin embargo, era inhallable.

Poco a poco fue comprendiendo que Buda, en su compasión, la había mandado a darse cuenta de la verdad de que todos morían. Fue a un cementerio, depositó en él a su hijo, y tomándole una mano le dijo: "¡Hijito, presumía que la muerte te había llevado a tí sólo; pero no es así, todos están sujetos a ella!"

Allí lo dejó y volvióse a Buda, quien le preguntó si había conseguido el grano de mostaza. "Tu obra está hecha, Señor—dijo Gotami—, ahora ayúdame".

Buda la acogió entre sus secuaces. Gotami llegó al estadio de Entrar en la Corriente, y visitando las toscas ropas de la renuncia del mundo, fue ordenada como la primera monja del budismo.

Los relatos anteriores constan en los libros sagrados del cristianismo y del budismo e independientemente de la historicidad de los hechos en que se apoyan, sirven para revelar, al atribuírselos a sus fundadores, cuáles son las actitudes que los adeptos de Jesús y de Buda guardan ante la muerte.

Los hebreos primitivos tenían, respecto a los muertos, ideas que no diferían mucho de las de otros pueblos primitivos. En la época premosáica el israelita creía en una supervivencia sui gé-

neris: el alma, una especie de doble del desaparecido, vivía una vida frustránea que se desarrollaba entre el sepulcro y el *Cheol*, un lugar de tinieblas que se hallaba en el centro de la tierra. Iba allí el alma en la forma que tenía el individuo antes de morir, el joven seguía siendo joven, el viejo, viejo, así como el rico y el mendigo se conservaban tales. No había en la existencia de ultratumba idea ninguna de remuneración moral. Todas las almas estaban juntas, sometidas a las mismas condiciones. Los muertos se volvían potencias capaces de hacer el mal, y había que propiciarlos. Eran seres *tabou* y de ello derivaba que quienes sufrían su contacto se consideraran impuros.

Éstas ideas sumariamente expuestas, demuestran que la otra vida no fue para los hebreos anteriores a Moisés, el lugar en que la justicia, ausente en la tierra, había de cumplirse. El israelita era un ser de la Tierra, las escatologías primordiales habían de cumplirse en ésta, como lo demuestra la leyenda del Paraíso. Adán y Eva fueron creados para ser felices en este mundo. En medio del vergel en que Jehová los puso, crecía el Arbol de la Vida, de cuyos frutos podían usar a su talante. Cuando probaron, contrariando el mandamiento divino, el fruto del Arbol de la Ciencia (equivaliendo este símbolo a conocimiento o razón, y no a discernimiento del bien o del mal, que ya tenían antes de pecar), se hicieron semejantes a los *eloim* o dioses, y hubieran sido iguales a ellos si hubieran podido seguir comiendo el fruto del Arbol de la Vida, tornándose así inmortales. Por eso Jehová los arrojó del Paraíso, y los condenó a la muerte, que desde entonces fue considerada como un castigo, ya que privaba al hombre de la *única felicidad* de que es capaz, que es la felicidad terrena.

En la época de Elías y de Eliseo, es decir, 800 años A. C., estas creencias perduraban aún y por tanto no es extraño que aquellos profetas hubieran consentido en resucitar respectivamente al hijo de la viuda de Sarepta y al de la mujer sunamita. Traer de nuevo esas almas a la vida de la carne, era librarlas del *Cheol*, era darles segunda oportunidad de buscar la felicidad. Además, la excepción que hacían con dos humanos no parecía una injusticia hacia los demás, porque la resurrección obrada era en pago de servicios prestados a los profetas por las dos madres, *do ut des*, y esta fórmula encontrada siglos más tarde por el jurisconsulto romano, era la

misma que normaba las relaciones de los hebreos con Jehová, el Santo, que significa el Temible; el Toro de Israel, a quien movía el humo de los sacrificios que le eran gratos.

Cuando Jesús predicó se habían modificado ya las ideas sobre la supervivencia. Los saduceos la negaban completamente. Era entonces cierto para muchos el versículo del Eclesiastés: "Aún hay esperanza para aquel que está entre los vivos; porque un perro vivo vale más que un león muerto. Y los vivos saben que han de morir, mientras que los muertos no saben nada". (9.4-5).

Pero un grupo grande de judíos tenía ya un credo diferente, que se había desarrollado a medida que el iaveísmo se hacía universal y se concebía como el culto de un dios único, contrapuesto a los demás *eloim*, que se consideraban falsos. La influencia de la filosofía griega se había hecho sentir en el pueblo elegido depurando su escatología.

El pronunciamiento, "mi Reino no es de este mundo", traía como consecuencia la afirmación de otro, más allá de la muerte, en donde habría de realizarse el ideal de justicia que había crecido en las almas.

Ahora sí habría remuneración de las obras humanas: el bueno, a la diestra del Redentor, en la gloria; el malo, a la siniestra, en los infiernos. La vida terrestre era sólo un tránsito, un período de prueba y de allegamiento de méritos. La parábola del rico avariento y de Lázaro el mendigo satisfacía los anhelos de una humanidad que sufría el dolor del mundo.

Dadas estas creencias, ¿cómo pudo Jesús obrar, sin contradecirlas, las tres resurrecciones que relatan los Evangelios?

Parece que las tres fueron provocadas por la piedad, no por obligación moral como en las que intervinieron Elías y Eliseo. Piedad hacia la viuda de Naim y hacia Jairó; piedad y amor, hacia Marta y María, y hacia el difunto mancebo Lázaro.

Chateaubriand apunta, refiriéndose a este asunto: "il amoit, il connoissoit l'amitié; l'homme qu'il tirá du tombeau, Lazare, etoit son ami; ce fut pour le plus grand sentiment de la vie qu'il fit son plus grand miracle".

Pero, esa piedad, ¿no entrañaba una falta de caridad para los demás padres y deudos privados de los seres de su sangre? ¿Por qué el que se dolía de la pena de los próximos, no se dolía de la de los más lejanos para hacerles la misma ma-

ravilla de devolverles a sus seres queridos? ¿No era el Dios justo y el Dios bondadoso? ¿O volvía a ser como Jehová el formidable, que sólo era blando para su pueblo, y mostrábase, aún con él, clemente o riguroso, sin más motivo que su voluntad?

Los que vieron las resurrecciones, sin duda sintieron envidia y rencor. ¿Por qué a los suyos la muerte, y sólo a tres la vida nuevamente? Así, quisieron matar al joven Lázaro, junto con Jesús.

Si, por otra parte, se piensa solamente en la persona de los resurrectos, también parece extraña la piedad de Jesús, porque el trance de la muerte, aparte de la angustia física que causa, es, según se dice, tremendo, ya que nos fue impuesto como pena por el pecado original de nuestros primeros padres. Resucitar al amado, para hacerle sufrir otra muerte necesaria, a mayor o menor plazo, significa inferirle dos males graves en vez de uno.

Diríase que al dejarse llevar de la ternura, al volver a esos tres seres a la vida, Jesús obró más llevado de su naturaleza humana que de la divina. Fue un momento en que sólo vió el dolor de los que se quedan, y el patético anonadamiento de los que se van; sintió la misma repulsión por la Muerte, que sienten los míseros humanos, y antes de vencerla él mismo en su persona, intentó vencerla en aquellos tres adolescentes que apenas habían gustado la vida. Esta es la opinión de Francois Mauriac, a quien extraña que Jesús llorara en aquella ocasión en que debía de reír de la felicidad, inimaginable para toda criatura, de arrancar a la muerte un ser bienamado. Lloraba la podredumbre de la carne de Lázaro; el ¡ya hiede! de Marta. Sabía que, aunque por el momento esa carne saliera limpia, finalmente la habrían de señorear los gusanos.

Este punto de vista realista está en consonancia con lo que piensa Papini de las resurrecciones obradas por el Maestro, por cuanto se refiere a los que se quedan. Dice, haciendo notar que Jesús habló a los difuntos como si sólo durmieran, que "no pretende resucitar, sino despertar. La Muerte no es para él sino un Sueño. Un sueño más profundo que el común y cotidiano. Tan profundo que sólo un amor sobrehumano lo rompe. Amor del que llora cuando mira el llanto de aquellos que ama".

Muchas otras conjeturas se han hecho sobre las lágrimas que derramó el Señor ante la tumba de Lázaro, pero las anteriores parecen las más



plausibles, como lo corrobora un padre de la Iglesia, al apuntar que Cristo sólo tres veces lloró: por Lázaro, de amor; por la destrucción de Jerusalén, de piedad, y en su pasión, de dolor. Mas ello no quita que considerada la naturaleza divina que le atribuye el cristianismo, parezca injusto, si la muerte es un mal para los hombres, resucitar únicamente a tres.

Ahora, desde un punto de vista netamente espiritual, son más inexplicables las tres resurrecciones.

En primer lugar, Jesús veía aquellas almas en el ultramundo y sabía qué destino era el suyo. Si gozaban ya de la beatitud, era una crueldad arrancarlas de ella para sumergirlas de nuevo en los males del mundo. Si estaban justamente condenadas, apartarlas del castigo por un lapso, era quebrantar la sentencia.

Si se aduce contra esas ideas que antes de que el Salvador subiera al Cielo ninguna alma había entrado en él, esperando en el seno de Abraham el "atollite portas"... , esto no disminuye la fuerza del argumento anterior, porque el alma que moraba en aquel limbo estaba ya juzgada, aguardando tan sólo el cumplimiento de su sentencia.

Y luego ¿iba a darse a los resucitados ocasión de cambiar con sus nuevas vidas la remuneración que habían ya fijado con las primeras? Injusticia parece que se diera al salvado una ocasión de condenarse y al condenado una ocasión de salvarse; esto segundo no por cuanto al alma precita se refiere—que es más piadosa la opinión de Orígenes, respecto a que todos se han de salvar al fin, aun los demonios—, sino porque la misma ocasión no se diere a los demás condenados, que también fueron criaturas de Dios. Y si se arguye que precisamente porque tenía conocimiento de todas las cosas, sabía que la condición de ultratumba de los vueltos a la vida no habían de variar, entonces se cae en un problema mayor, el de la predestinación, que niega la Suma Bondad contraponiéndola a la Ciencia Suma.

Oscar Wilde simbolizó todas estas dudas en su bello poema en prosa, titulado "El Dador de Bienes". Cristo vuelve a Jerusalén, años después de su Ascensión y, recorriendo las calles de la ciudad, topa con el leproso sanado, con la pecadora arrepenida, y con el resurrecto:

"Y salió de la ciudad".

"Y cuando El hubo salido de la ciudad, vió sentado a la vera del camino a un joven que lloraba".

"Y fue hacia él, y tocó los largos rizos de su cabellera, y le dijo: ¿Por qué lloras? Y el joven alzó la mirada y reconociéndole, contestó: Yo había fenecido y Tú me levantaste de entre los muertos. ¿Qué otra cosa puedo hacer si no llorar?"

En última instancia, la actitud de Jesús en estos casos supone vacilación; y hasta crítica de la obra de su padre. Si la muerte es horrenda, ¿por qué no la evitó el Creador, y si no lo es, por qué el Hijo se conmovió con la de los tres jóvenes, y los sacó de sus garras, dando a sus allegados una lección contraria al orden establecido por su Padre?

Podrá responderse a todas las objeciones anteriores que Jesús consintió en hacer milagros sólo para dar testimonio de su misión; para que los hombres creyeran en El, fin supremo que justifica todos los medios que para ello se emplearon. No es esa razón atendible, puesto que quien tiene el infinito poder pudo escoger para sus fines medios irreprochables por cualquier lado que se les examine. Por lo demás, Bossuet dice que "ses miracles tiennent plus de la bonté que de la puissance", como ya se había dicho más arriba.

Todas las consideraciones anteriores han demostrado cuán extrañas son las tres resurrecciones operadas por Jesús, aun adoptando la filosofía cristiana. Su falta de sentido sube de punto si se juzgan a la luz de la ciencia y de las ideas filosófico-morales de la hora.

¿No es la muerte el anonadamiento de la individualidad? ¿Puede negarse que el mundo es el imperio del dolor? ¿Se sabe de dónde venimos y a dónde vamos? ¿No es cierto que todas las soluciones que se dan a estos dos problemas son dictadas por nuestra esperanza y por nuestra imaginación, ya que la ciencia se declara impotente ante ellos?

La concepción budista se aviene a estos pensamientos. Parte del postulado, que apoyan la observación y la experiencia diarias, de que la existencia, cualquiera clase de existencia, es sufrimiento, porque implica el Deseo. Partiendo de la doctrina hindú de la trasmigración de las almas, Buda explica que la cadena de las existencias se debe a que no se mata al deseo de vivir, *tanha*. Este impulso, bajo la influencia de la ley que establece que todo acto debe tener un re-

sultado, *karma*, pues esta no es sino la ley de causación, allega otros *kandhas* que son el cuerpo, la sensación, el pensamiento y las *sankharas* o compuestos, produciendo una reencarnación, en la que se vuelve a sufrir, y así, indefinidamente hasta que se aniquila el Deseo.

Para Buda, por lo demás, no hay alma o *ego*; lo que anima a un cuerpo varía continuamente, como él; la vida es un río sin fin, que en ningún momento es el mismo río; el alma es como la llama, perpetuamente en movimiento, aparentemente la misma y sin cesar cambiante, existente mientras hay combustible que la nutra, y aniquilada cuando éste se consume. Y así el mundo, perpetuo fluir, idénticamente.

Buda lo acepta tal como es; Jesús lo rechaza y desea reformarlo. Buda estableció que la única reforma posible es la del hombre: hacerle comprender la inanidad de todo y desprenderlo de ello, sin otra esperanza que la de aliviar su sufrimiento aquí, en la tierra, sin escatología de ninguna clase. Su doctrina era puramente intelectual, mientras que la de Jesús era emocional esencialmente. La salvación para el Bodishata era una depuración psíquica que se lograba con largo y paciente esfuerzo: la concentración, la soledad, la vida sujeta a estrictas normas. Cristo demandaba un sólo acto de la voluntad: creer en él; y la conversión se efectuaba.

Dado lo anterior, la actitud de Buda ante Gotami la Flaca, que le pedía la resurrección de su hijo, fué perfectamente coherente, y perfectamente piadosa. Hizo que aceptara poco a poco lo ineluctable de la muerte, de todos los seres así como la de todo lo que tiene un principio. No la quiso esperar con una resurrección que no resolvía nada ni para ella ni para el resurgido. No se atribuyó un poder mayor a que el de cualquier otro hombre, pues si es bien que Buda obró prodigios, no los atribuyó nunca a naturaleza o poder divinos, sino a facultad natural, que cualquiera puede alcanzar si dedica todos sus sentidos y potencias a la meditación que lo hace un bienaventurado (*bahagavata*).

Por medios humanos solamente, pues, procuró que la madre que le pedía socorro, variara su disposición y sanara del dolor particular de la muerte del hijo y de todos los demás dolores. Y la madre, en un nobilísimo esfuerzo, se venció a sí misma, enterró al fruto de sus entrañas, se desprendió definitivamente de él, y dió los primeros

pasos por la Noble Senda Octuple, que conduce al Nirvana.

Las religiones clásicas del paganismo no trataron este mismo problema en ningún libro sagrado ni nos ofrecen ejemplos de resurrecciones reales; nos legaron únicamente dos fábulas poéticas, la de Orfeo y Eurídice y la de Alceste y Admeto.

La primera no se refiere a mortales sino a semidioses. Orfeo, hijo de Apolo, se une en matrimonio con Eurídice, hija de Ceres. Poco después de las nupcias Eurídice parece mordida por un áspid, y el liróforo viudo se siente tan desolado que se propone buscar a la amada en el mismo Hades. Penetra al reino de las sombras y conmueve con su dolor a Plutón y a Proserpina:

“Eurydices, oro, properata retere fila.  
Omnia debemur vobis; paulumque morati,  
Serius aut citius sedem properamus ad unam.  
Tendimus huc omnes, haec est domus ultima;  
(vosque  
Humani generis longissima regna tenetis”.

Los dioses infernales permiten que Eurídice salga otra vez a la luz, con la condición de que su esposo no la vea sino hasta que deje el Averno. Pero Orfeo, que guardó tal condición durante la mayor parte del camino de salida, flaquea al fin de él, y su furtiva mirada manda de nuevo a la esposa al reino de los muertos.

Es el anterior mito un símbolo de lo que quisiera el amor sin lograrlo: resucitar al desaparecido. El ser amado parece resurgir cuando se piensa en él, pero luego se hunde nuevamente en la nada. La Muerte escribe en la puerta de su imperio el dantesco “lasciate ogni speranza, voi ch’entrate”.

La otra fábula, la de Admeto y Alceste, sí presenta un caso de resurrección acabada. En la casa de Admeto sirvió Apolo, condenado a ello por Zeus, en castigo de haber muerto a los Cíclopes. El dios solar agradecido por el buen trato que le diera Admeto, logra salvarlo de la muerte que le llega a consecuencia de una grave enfermedad, con la condición de que otro ser pague con su vida el rescate. Nadie quiere ofrecerse como víctima, ni los criados, ni los amigos, ni los padres, y sólo la esposa, Alceste, figura llena de gracia y de belleza, consiente en entregarse a Tánatos. Pero en el momento en que la abnegada esposa muere, llega Hércules y es recibido hospitalariamente por el desolado Admeto, a pesar de su due-



lo. En pago, el demiurgo luchador, espera a Tánatos junto a la tumba de Alceste y se la arranca de las manos para entregarla a su marido.

Eurípides trata esta segunda fábula en su conmovedora tragedia del nombre de la heroína, y nos muestra, como representativo de su época, lo que el griego del siglo V, A. C. pensaba sobre la resurrección.

Hay que anotar primeramente, porque es la clave del pensamiento del gran trágico, la estrofa final que dice el coro, compuesto de ancianos de Peres, comentando el retorno a la vida de Alceste: "Numerosas y diversas son las formas de los sucesos suscitados por los dioses, quienes las llevan a cabo contra nuestras esperanzas. *Lo que parece que debe suceder, no llega, y un dios trae las cosas inesperadas*".

Este juicio demuestra que los griegos del siglo V no tenían fé en la coherencia ni en la justicia de los dioses. El Destino era ciego, y por encima de las mismas divinidades regía las contingencias humanas. No esperaban de los dioses ninguna justicia. Carecían ya de una fé sólida y antigua. Por eso no les extrañó la resurrección de Alceste, como excepción a la regla de que los muertos permanecen muertos.

Eurípides, como en la mayor parte de sus tragedias, no se propuso resolver en ésta un alto problema sino aprovechar únicamente una situación que se prestaba a un vivo juego de pasiones. Por eso esculpió una figura femenina imperecedera en la Alceste que plañe sus últimos momentos, y se despide de todo lo que existe bajo la luz diurna, firme no obstante en su voluntad de ofrecerse como víctima por la vida de su esposo.

Mas cuando ya arrancada a Tánatos por el vencedor de la Hidra, aparece en escena nuevamente, el trágico no sabe qué hacer con ella. No se prestaba su espíritu para tratar lo sobrenatural, pues aunque abusó del *deus ex machina*, los dioses no fueron para él otra cosa que artificios para decir el plan de sus tragedias o para desenlazarlas.

Así, cuando resucita a Alceste la presenta inmóvil y muda, aun ante los transportes de alegría de Admeto que no cree en la felicidad de poder volver a abrazarla. La esposa permanecerá callada tres días, hasta que se purifique de los dioses subterráneos. ¿Y quién aseguraría que volvió a hablar? Alceste rediviva no tiene realidad; está envuelta en un misterio que sobrecoge. ¿Qué ha de decir una alma que ha descendido al formidable reino de las sombras? No hay imaginación humana en la que quepa tal situación, y por eso la esposa, todos los resucitados, aun volviendo a vestirse de carne, conservan el aire de espectros.

A Alceste no la reconoce ni el amor: Admeto la tiene ante sí durante la larga escena en que Hércules se la entrega bajo el aspecto de la Extranjera, a quien se niega el esposo a recibir en su casa, en memoria de la amada muerta.

Y es que la Muerte cambia al que es su presa dentro de la misma memoria del que se queda. Sólo se recuerdan aquellas cualidades y rasgos por las que el desaparecido se hacía amar: porque es mentira que de nadie podamos amar todo el sér, ya que dentro de cada uno hay muchas personalidades que ni el propio poseedor de ellas conoce plenamente, y que desde afuera están ocultas aun a los más familiares; porque, además, nuestra propia alma es una especie de caja sonora en la que tienen resonancia sólo algunas de las notas emitidas por las otras almas. Cuando uno de nuestros caros difuntos revive en nuestro recuerdo, no revive como era, y por eso, a veces, se presenta ante nuestra mirada interior con un rostro que nunca le habían visto nuestros ojos mortales.

No, no hay resurrección posible, ni en el vasto e inmaterial reino de la memoria.

Como dice Proust, la mirada fija y seca del que se queda sólo revela la incomprensible contradicción que existe entre el recuerdo persistente y doloroso del sér querido que se fué, y su irremediable anonadamiento.